

ministerio, creyendo sinceramente que con este aviso quedaría arreglado todo; y sin siquiera firmar los nuevos nombramientos, porque pensaba todavía que sobrevendría un cambio favorable que los hiciera innecesarios, acostóse con la mayor tranquilidad del mundo.

Cuando los tres enviados llegaron á Paris encontraron las cosas muy distintas de como se las estaban figurando en la corte, en Saint-Cloud. Había concluido la lucha armada del pueblo, obreros y estudiantes contra la tropa, que había quedado vencida, y había salido á la escena la clase media, que retraída hasta entonces por el temor, había cobrado ánimo y tomado la dirección del movimiento. Los diputados de la cámara, reunidos en casa de Lafitte, decretaron el restablecimiento de la guardia nacional, dando el mando en jefe á Lafayette, y como contrapeso á las humoradas republicanas de este «patriarca de la libertad» nombraron general en jefe de las tropas de línea al mariscal Gerard. Al propio tiempo eligieron una junta directiva compuesta de Casimiro Perier, el general Lobau, Audry de Puyraveau, Schoneu y Maugin. Ante la popularidad de estos nombres eclipsóse luego el gobierno provisional, compuesto del general Dubourg y del redactor Bande, que se habían instalado en el palacio del ayuntamiento.

Presentáronse los tres mensajeros de la corte á la junta citada; pero como no llevaban ningun documento escrito, tuvieron que volverse como habían ido, y llegaron á Saint-Cloud ya de noche. Vitrolles, atropellando la etiqueta, penetró en el dormitorio del rey y le decidió á firmar los nombramientos. Mortemart, al día siguiente por la mañana, á pesar de estar enfermo, se encargó de llevarlos á Paris. Era el día 30; con gran dificultad logró entrar en la ciudad, pero no encontró ningun impresor dispuesto á imprimir los decretos, y presentándolos á Lafitte, este se negó á admitirlos. Había pasado el momento favorable de hacer concesiones con mas ó menos éxito; el partido anti-borbónico predominaba, y crecían por momentos su número y su arrogancia; los bonapartistas nada podían emprender, hallándose fuera de su alcance su candidato el joven rey de Roma, ó sea el duque de Reichstadt. La idea republicana tenía muchos adeptos, pero ningun partido organizado la representaba; de suerte que no quedaba otra solución práctica mas que la proclamación de la dinastía de Orleans, propuesta ya por Lafitte en la reunion de diputados.

Thiers y Mignet hicieron fijar en las esquinas una proclama pidiendo el destronamiento de Carlos X, que tanta sangre de franceses había hecho derramar, y recomendando en su lugar al duque de Orleans, que nunca había hecho armas contra la patria y que en cambio las había esgrimido contra sus enemigos en la acción de Jemappes á la sombra de la bandera tricolor (1). Esta proclama fué muy aplaudida.

El 29 de julio Talleyrand había escrito á la princesa Adelaide, hermana del duque de Orleans y mujer ambiciosa y enérgica: «Mañana ha de estar aquí el duque; no debe usar mas título que el de teniente general del reino, que le ha sido concedido; lo demás ya vendrá (2).» Otro parte análogo recibió el duque, que le fué enviado por Lafitte. El deber suyo era, en aquellos momentos de peligro, estar al lado de su pariente el rey; pero habiendo previsto adónde este iría á parar con su política, se había preparado desde mucho

(1) Esto no podía contarse como un mérito, porque también había ofrecido al gobierno español su espada contra el ejército francés; pero tanto en Cádiz como en Tarragona se habían rechazado sus ofrecimientos. En 1809 había solicitado un puesto en el ejército austriaco. Véanse los *Papeles póstumos de Metternich*, tomo V, pág. 88.
(2) Así lo dice Bulwer en sus *Historical characters*, según relación de un testigo presencial.—Tomo I, pág. 297.

tiempo para no ser arrastrado con su familia al abismo que Carlos X se había obstinado, con necio empeño, en abrir y ahondar á sus piés. Para no exponerse, sin embargo, á precipitarse, según se presentasen los sucesos, se había retirado á Neuilly y á última hora á Raincy, por cuya razón no le encontraron en Neuilly ni Dupin ni Persil, que habían ido á verle, ni Thiers, enviado luego por Lafitte y Sebastiani. Solo encontraron estos mensajeros á la hermana y la esposa del duque, y á ellas explicaron los sucesos y la situación, condensada en la alternativa de proclamar la república ó á Luis Felipe por rey. La duquesa no se sintió con fuerzas para despojar al bienhechor de su familia del trono, pero su varonil cuñada se encargó de la misión de decidir á Luis Felipe á aceptar la corona. Cuando Thiers llevó esta noticia á los diputados, reunidos en el palacio Bourbon y presididos por Lafitte, cesaron las vacilaciones, la incertidumbre y la divergencia de opiniones, quedó señalado el derrotero; y el temor de una guerra civil y de la anarquía, así como el deseo de no provocar estas calamidades con una peligrosa interinidad, y establecer á la mayor brevedad un gobierno formal, hicieron que casi todos los asistentes adoptaran la resolución á la cual se adhirieron los pares que se hallaban presentes en Paris, de invitar al duque de Orleans á presentarse en la capital y aceptar el cargo de lugarteniente general del reino. Aquella misma noche, á las once y media, entró Luis Felipe en Paris y se dirigió á su habitual morada del Palais-Royal á pié, con la escarapela tricolor en el sombrero, indeciso quizás todavía sobre lo que debía hacer. A las cuatro de la mañana mandó llamar á Mortemart, al cual explicó su situación dándole mil satisfacciones para hacerle ver que solo obedecía á la premura de las circunstancias extraordinarias, pero añadiendo que primero se dejaría hacer pedazos que admitir la corona (3). A los diputados, á quienes recibió á las ocho, dió al principio una contestación evasiva; pero cuando le observaron que toda demora sería necesariamente funesta, su conciencia se tranquilizó; aceptó el cargo de lugarteniente general del reino y publicó el correspondiente manifiesto, en que anunció su aceptación y el restablecimiento de la bandera tricolor, y convocó las cámaras para el 3 de agosto, concluyendo con estas palabras: «De hoy en adelante la constitución será una verdad (4).»

Quedaba todavía un peligro que vencer, el del palacio del ayuntamiento, donde los republicanos habían establecido su cuartel general y donde celebraban sus sesiones la junta municipal y Lafayette, que por sí solo era una potencia á causa de su popularidad. Esta junta y el general estaban protegidos por la juventud armada y en ella había causado la mayor indignación la concesión del poder supremo. Luis Felipe comprendió que solo allí podía recibir su nueva dignidad la indispensable consagración por el pueblo, á cuyo fin Odilon Barrot pasó á este centro á preparar el terreno y á entenderse con los jefes. Luego que uno y otros hubieron conferenciado se dirigió Luis Felipe al ayuntamiento, á caballo, seguido de los diputados en tropel confuso y no muy tranquilos, porque la comitiva tenía que pasar por entre las turbas armadas y acaloradas. No hubo sin embargo dificultad, el duque y Lafayette, ostentando la escarapela tricolor, se mostraron abrazados en el balcón á la multitud entusiasmada. Con esto quedaron inutilizados los planes de los republicanos y sellado, aunque tácitamente, el pacto entre el

(3) La versión orleanista no dice esto, según se puede ver en la obra de Nouvion, tomo I, pág. 292, y en la *Histoire du gouvernement parlementaire*, de Duvergier d'Hauranne, tomo X, pág. 606, donde el autor utiliza las notas del duque de Broglie.
(4) La constitución, no una constitución, como se leía en el *Moniteur*.



El duque de Orleans (Luis Felipe I) jurando en las Cámaras observar la Constitución (9 de agosto de 1830) (copia de un cuadro de E. Deveria, que se conserva en Versalles)

pueblo representado por Lafayette y el nuevo lugarteniente del reino. A la mañana siguiente Lafayette devolvió al duque su visita, y Luis Felipe, de muy buena gana, abundó en la opinion de aquel republicano teórico y vanidoso diciendo que, en efecto, el trono de Francia debía estar rodeado de instituciones republicanas. Con esto quedó tan entusiasmado su interlocutor de los principios liberales de Luis Felipe que exclamó cuando se separaron: «Esta será la mejor de las repúblicas.» La junta resignó sus poderes en manos del regente y este nombró un ministerio provisional compuesto de Dupont de l'Eure para la Justicia, Gerard para la Guerra, el baron de Louis para la Hacienda, Guizot para la Gobernacion, Bignon para la Enseñanza, y á fin únicamente de halagar el orgullo nacional, al anciano y venerado mariscal Jourdan para los Negocios extranjeros. Lafayette fué nombrado jefe de la guardia nacional del reino.

Cuando la noticia de estos sucesos llegó á Saint-Cloud habia salido ya el rey para Trianon, á fin de no exponerse á caer en manos de las turbas sublevadas, y de Trianon se habia dejado conducir como una máquina á Rambouillet, á donde el príncipe heredero acudió con los 12,000 hombres de tropa que habian quedado fieles. La duquesa de Berry, mujer valerosa, se ofreció á ir á Paris con su hijo y enseñarlo al pueblo para salvarle el trono, pero este paso pareció demasiado atrevido al rey y se limitó á enviar al duque de Orleans su decreto de nombramiento para su nueva dignidad de lugarteniente del reino juntamente con su aprobacion del decreto de convocacion de las cámaras. Este nombramiento y autorizacion por parte del rey puso al duque en una posicion falsa, pero consultado el caso con Lafitte y Dupin, no admitió los documentos, alegando que la voluntad del pueblo le habia colocado ya en el puesto que ocupaba. En vista de esto y de la desercion que se declaró entre las tropas que le habian quedado fieles, Carlos X hizo ya tarde lo que hecho veinticuatro horas antes habria acaso salvado el trono para los Borbones, es decir, que abdicó, y renunció tambien la corona el heredero inmediato á favor del joven duque de Burdeos, comunicando el acto al lugarteniente y encargándole la regencia hasta la mayor edad del rey Enrique V.

En este momento solemne y decisivo se mostró Luis Felipe pequeño é incapaz de resistir á la tentacion. A haber creído á su esposa, que hasta el último instante le suplicó que se contentara con la dignidad de regente, habria salvado la monarquía en Francia, segun cálculo humano, y habria logrado la fama de honrado y fiel. La corona adquirida hipócritamente siempre estuvo vacilante en su cabeza, y cuando cayó, diez y ocho años despues, no tuvo mas que el pago merecido por su adquisicion ilegal y por haber cedido con demasiada facilidad á las instancias de su hermana. Segun se vé en los *Papeles póstumos de Metternich*, trató de justificarse en 1834 en una conversacion que tuvo con el embajador austriaco, el príncipe Esterhazy, alegando el peligro que amenazaba de parte de los republicanos; pero exageró el peligro, y la excusa no puede admitirse.

Contestó á Carlos X en términos tranquilizadores, y lo mismo á los representantes de las potencias extranjeras, á los cuales dió seguridades de que no perderia de vista los derechos del duque de Burdeos; pero cuando al abrir el parlamento en 3 de agosto comunicó á las cámaras la abdicacion de Carlos X, omitió el añadir que habia sido hecha á favor de su nieto, con lo cual las cámaras habrian quedado perfectamente satisfechas.

Grande fué su impaciencia por ver salir de Francia al rey desposeido, pues solo así quedaba desocupado de hecho el trono en el cual pensaba sentarse. Para acelerar la partida de la familia real mandó una comision á Rambouillet, bajo

el pretexto de que acompañara, en calidad de séquito de honor y de guardia, al rey y á los suyos hasta la frontera; pero Carlos X rechazó este honor que no habia pedido y fué menester echar mano del medio empleado en 5 de octubre de 1789. Se envió como guardia de seguridad á Rambouillet la guardia nacional de Paris, la cual llegó precedida de una masa de populacho que testigos presenciales de aquellos sucesos calcularon en 20,000 individuos aproximadamente. Los señores que formaban la comision de seguridad y de honor que debía acompañar á la familia real, y entre los cuales figuraba el mariscal Maison, que habia recibido en 1814 en Dover á Luis XVIII, suplicaron al rey que no se expusiera á los insultos del populacho, cuyo número é intenciones exageraron adrede. Esto produjo el efecto deseado, y el rey, que solo retardaba su partida porque esperaba con los suyos hasta el último instante un cambio favorable, se decidió á marchar, despidió las tropas que le habian quedado, menos un cuerpo de 1,200 hombres que habian de servirle de escolta, y con toda la solemne lentitud de una comitiva real, observando la etiqueta mas minuciosa establecida para viajes del rey, se movió hacia Cherburgo, como si fuera una procesion fúnebre que llevara la monarquía antigua á su última morada. En Cherburgo se embarcaron el rey y su familia, el 16 de agosto, para la isla de Wight en un buque americano. Despues trasladóse Carlos X á Praga, capital de Bohemia, y finalmente á Goriz, en la costa iliria, donde murió el 6 de noviembre de 1836. Su hijo le siguió al sepulcro ocho años despues, en 3 de junio de 1844.

El duque de Burdeos adoptó el título de conde de Chambord. Con él se extinguió la rama mayor de la familia Borbon.

Polignac huyó disfrazado, pero fué conocido y preso en Saint-Lo y hubo que encerrarle en la cárcel para que el pueblo indignado no lo despedazara.

La suerte para la Francia fué que en aquellas circunstancias existia una autoridad legal y nacional en el país, la cámara de diputados, centro natural de todos los partidos. Su primer cuidado fué modificar la constitucion en el sentido de la soberanía del pueblo, borrando el ominoso artículo 14 é introduciendo la eleccion del presidente de la cámara por ella misma, el derecho de iniciativa en la legislacion y la responsabilidad de los ministros. La expresion: *religion de Estado*, fué trocada en: *culto de la mayoría de los franceses*, y el título de *rey de Francia en rey de los franceses*. Esta constitucion, que el pueblo llamó la *Carta remendada*, fué proclamada en 7 de agosto, y simultáneamente, Luis Felipe de Orleans rey de los franceses, *á pesar de ser Borbon y no porque lo era*, como dijo Dupin. La cámara de los pares, espectadora impotente de todo lo sucedido y reducida á la cuarta parte de su fuerza, lo aprobó todo, sin exceptuar la proposicion de Guizot de expulsar de su seno á todos los pares nombrados por el rey destronado. Chateaubriand fué el único que levantó la voz para señalar el peligro que veia en el porvenir: «Carlos X y su hijo están destronados, ó han abdicado, si así os place,—dijo,—pero el trono no por esto ha quedado disponible, porque despues de ellos aguarda la sucesion un niño. Si descartais á este, habreis demostrado que nuestros demócratas saben llegar hasta donde no llegaron los mismos realistas incorregibles, porque proclamareis el derecho de la fuerza bruta. Pues bien, procurad conservar esta fuerza, y no os quejeis cuando la hayais perdido.»

El 6 de agosto el rey Luis Felipe juró ante las cámaras reunidas la nueva constitucion, y para romper con las tradiciones dinásticas caducadas, no se llamó Felipe VII, sino *Luis Felipe primero, rey de los franceses*. Royer-Collard, que aquel dia llegó á Paris, dijo: «Tambien yo soy uno de los vencedores; pero es triste esta victoria.»